

Plumas y piel

Sentí el viento cortante en mi rostro. Acarició mi cuerpo en su velocidad, quitó con su frío el poco calor del sol. También lo oí, silbando a mis costados. Nos llevábamos bien, éramos los amos feroces de esos paisajes. Su poder cantaba en mis venas, era su hija, y gracias a él tanto existía como podía volar. Susurraba mi nombre.

Un rugido que se acercaba me sobresaltó. Me había perdido en el azul del cielo, claro como solo puede serlo en un lugar helado, donde las cumbres se visten gloriosas de nieve. No cualquiera sobrevivía en esos picos, no cualquiera pasaba sin su permiso. El rugido vino y se fue. Una gran libélula metálica, sus alas giraban sobre su cuerpo, luchando contra el viento con el que yo estaba fundida. La observé con más desprecio que curiosidad. Cuando el sonido paró, mis oídos de ave percibieron una mínima alteración en el silencio reinstaurado. Pasos muy abajo.

Descendí con giros gráciles para observar mejor a los humanos que avanzaban trabajosamente. Ahora podía percibir también hasta el roce de sus ropas, sus pulsos agitados, el batir del agua en sus botellas, las venas vibrando en sus cuellos cubiertos. Ante ese último pensamiento, se me hizo agua la boca, se me aceleró el corazón. Ericé mis plumas. No era el momento. Eran muchos.

Sabía qué buscaban. Pocos días atrás, mis hermanas y yo habíamos cazado a dos aventureros que pretendían cruzar nuestras montañas. Nunca los encontrarían. Me estremecí de placer recordando la excitación de la caza, sus gritos en vano desgarrando sus gargantas, el sabor de su carne fresca. El viento observando complacido.

Un batir más de alas y volví a la cueva que ocupábamos a veces. Estaba vacía, las otras volarían lejos hoy. Volví lentamente a mi forma de mujer. Cubrí mi piel desnuda con una capa adornada con plumas blancas en el cuello, que recordaban a mi collarín de cóndor.

Nosotras éramos las últimas de un linaje de brujas cazadas al límite de la extinción. Huimos a la poderosa Cordillera de los Andes cientos de años atrás, y sobrevivimos gracias a nuestra capacidad de cambiar de piel a plumas, de transformarnos en magníficos cóndores y mezclarnos con los que ya había en el lugar. Era una lástima que ellos también fueran muy perseguidos por los malditos mil veces humanos. Aunque ahora, no sabíamos la razón, parecían tomar alguna conciencia, parecían incluso querer proteger a esas aves. Mejor para nosotras. Lentamente recuperábamos nuestra antigua fuerza, año a año, niño a niña.

Me acurruqué contra la piedra, roí un húmero con deleite. El miedo al momento de morir podía dar a la carne un sabor exquisito. El terror de estos hombres, había dejado su gusto incluso en los huesos. Me sonreí, mis dientes destellaron en la oscuridad de la noche que no había visto llegar, perdida en mi deleite. Igual que esos humanos no habían visto llegar a la muerte que volaba sobre ellos, con alas de cóndor y odio de mujer.